

migo] avance hacia arriba”.

En ese mismo mensaje analicé los cursos más posibles de acción de la tropa que había desembarcado, partía de la premisa de que su primer movimiento sería la ocupación de Ocuja y de la playa de Palma Mocha para asegurar sus dos flancos. De ahí en adelante, las tres variantes principales eran: el avance desde Las Cuevas hacia el curso superior del río Palma Mocha por el camino que sale a El Jubal, el avance hacia el mismo punto a lo largo del camino que sigue el curso del río desde la desembocadura, y el avance hacia La Plata por el camino de la costa. En el primer caso, chocarían con la escuadra avanzada de la tropa de Paz; en el segundo, con la de Teruel; y en el tercero, con la que Miret tendría emplazada en el camino de la costa, lo más cerca posible del río Palma Mocha, de acuerdo con las instrucciones que yo le había enviado. En este último caso, la escuadra de Teruel debía hostigar a la fuerza enemiga desde la retaguardia.

Dentro de esta planificación inicial, el grueso del personal de Paz quedaría también como una reserva que debía maniobrar de acuerdo con las circunstancias. Había que prever también la contingencia de que uno de los dos caminos —el de la loma o el del río— fuera dominado por el enemigo; en tal caso, el ala rebelde que hubiera hecho contacto debía replegarse hasta la casa de Cabrera, punto que funcionaría como pivote en la planificación de contingencia. “[...] ahí comienza otro plan”, le anuncié a Paz y, en efecto, ya lo estaba elaborando sobre la base del redespiegue de esas mismas fuerzas en los distintos accesos al firme de la Maestra, en la zona de Palma Mocha.

Y, finalmente, como posibilidad más remota: “Ellos, los guardias, pueden poner una pica en Flandes y subir por el Turquino, pero si hacen eso, ya nos las arreglaremos para que no vuelvan a subir”. En esta improbable variante lo que procedería, además de reforzar las posiciones de la escuadra adelantada de Paz, sería cerrar con alguna otra fuerza la salida del pico Turquino hacia el alto del Joaquín y, eventualmente, hacia el curso superior del río Yara o el firme de la Maestra al este de La Plata.

En realidad, al enviar este mensaje yo suponía que Paz ya se había replegado desde Ocuja hacia el río Palma Mocha, en cumplimiento de las instrucciones que tenía en caso de que el desembarco enemigo se produjese en cualquier otro punto al oeste de Ocuja. Sin embargo, Paz había decidido esperar mi respuesta a la comunicación enviada sobre el desembarco, y se había limitado a reforzar al grupo que, al mando de Fernando Chávez, custodiaba la playa de Bella Pluma y el camino de la costa entre Las Cuevas y Ocuja. Teruel, en cambio, al observar el desembarco enemigo desde su posición en la desembocadura del río Palma Mocha, ejecutó en la mañana del día 11 el repliegue de su escuadra río arriba, lo único que, no solamente un kilómetro como yo le instruiría, sino hasta la misma casa de Emilio Cabrera.

Existía un camino que remontaba, aproximadamente de Sur a Norte, todo el curso del río Palma Mocha, desde la desembocadura hasta la casa de Emilio Cabrera. Ese era el que había seguido nuestra pequeña fuerza rebelde tras el primer combate victorioso en la desembocadura de La Plata, el 17 de enero de 1957. Todos estos eran, de más está decirlo, caminos o senderos de montaña en los que solo se podía transitar a pie y, en algunas porciones, en mulo o a caballo. La zona, además, estaba cubierta del monte virgen e impenetrable de la Sierra, por el que nada más sabían caminar campesinos y rebeldes.

En cuanto al sector más occidental de la costa, yo tenía en realidad pocas esperanzas de que los pequeños grupos rebeldes destacados en El Macho y El Macío —formados principalmente por personal no fogueado proveniente de la Columna 7 de Crescencio Pérez, constituida en su mayoría por campesinos de la zona— pudieran ofrecer una resistencia eficaz a cualquier intento de desembarco del enemigo por esos

lugares. Por otra parte, dentro de mi esquema táctico, no resultaba tan importante la defensa de esos dos puntos de la costa como la del camino de acceso desde el Oeste hacia La Plata, donde se ubicaban Radio Rebelde y la Comandancia.

Teniendo en cuenta, inclusive, la posibilidad de un segundo desembarco en La Magdalena, entre La Plata y El Macho, aquellos grupos quedarían en ese caso en la retaguardia enemiga, y su función se limitaría a cubrir el acceso por el río de El Macío o el alto de El Macho hacia la zona de Caracas. Pero, entre las variantes de maniobra del enemigo, esta era la más improbable a mi juicio, ya que esa ruta los alejaría del centro fundamental del territorio rebelde. Aun así, orienté al Che, el día 12, que enviara instrucciones a Crescencio, responsable inmediato del sector más occidental, en el sentido de que fortificara el camino de El Macío a El Ají, Arroyones y San Lorenzo.

Sobre la base de todas estas consideraciones decidí, el día 11, retirar de El Macho la escuadra de seis hombres al mando del teniente Ciro del Río, enviado allí unos días atrás, y ponerla a las órdenes de Pedro Miret en el camino costero de La Magdalena a La Plata. Veremos más adelante que una parte adicional del personal de la Columna 7 fue destinada a cubrir otras posiciones importantes.

En definitiva, mi aspiración era organizar con los escasos recursos de que disponía una defensa lo suficientemente estructurada del río La Plata, que demorara todo lo posible el dominio enemigo sobre el río.

“Tengo un plan que me parece bueno para defender la cuenca de la Plata por lo menos tres meses, de modo que haya un punto seguro por donde recibir armas”, le escribí al Che en un mensaje al día siguiente del desembarco. Y a Miret le repetí en un tercer mensaje del propio día 11:

“Defenderemos La Plata tenazmente desde los dos flancos y por el mar”.

En realidad, todavía me pregunto por qué los estrategias enemigos no realizaron un desembarco de apoyo al Oeste, pues la presencia de sus fuerzas en la zona de El Macho nos hubiera obligado a dispersar aún más nuestros limitados recursos defensivos en el frente sur, con lo que las posibilidades de una penetración más rápida al interior del territorio rebelde hubiesen sido mucho mayores.

Cuevas llegó con su escuadra a Mompié, donde estaba situada momentáneamente mi Comandancia, a las 10:00 de la noche del mismo día 11. Llegaba de combatir durante más de cinco horas esa misma mañana en Las Mercedes, y de una caminata infernal bajo la lluvia, entre el fango, a través de ríos crecidos. “Esta gente de Cuevas es formidable”, escribí en un mensaje a Pedro Miret al día siguiente. “Ayer combatieron con el ejército en las Mercedes, desde las 8 hasta la 1 y 30, obligándolo a retroceder. A las 10 de la noche, bajo la lluvia, ya estaban aquí cumpliendo mi orden”. Con esta proeza, Cuevas demostró una vez más que era uno de los jefes rebeldes más eficientes, y capaces de realizar con los hombres bajo su mando las tareas más difíciles y heroicas.

Esa noche, la fatigada tropa de unos 15 hombres comió lo que Celia dispuso y descansó, mientras su jefe me informaba de los últimos acontecimientos en la zona de Las Mercedes, y escuchaba mis pormenorizadas instrucciones sobre su crucial misión. A la mañana siguiente, poco después del amanecer, ya estaban en camino hacia su nueva posición, del otro lado de la Maestra, acompañados por la escuadra solicitada al Che, al frente de la cual iba el teniente Hugo del Río, hermano de Ciro.

Con Cuevas envié nuevas disposiciones para los capitanes rebeldes de la costa. El pelotón de refuerzo debía situarse en la desembocadura del río Palma Mocha, sobre la margen que daba para La Plata, en una posición tal que dominara la orilla del mar, contra cualquier intento de desembarco, y el llano de la desembocadura, en caso de que el enemigo entrara por tierra desde Las Cuevas. Esta fuerza conta-

ba con una ametralladora de trípode calibre 30, que manejaba Primitivo Pérez.

La ubicación de Cuevas en este lugar respondía al presupuesto táctico de que el objetivo principal del enemigo, desembarcado por el Sur, era el dominio de la cuenca de La Plata y que, para ello, como paso previo elemental, tendría que ocupar la desembocadura del río Palma Mocha, bien por tierra o por mar. Y como, por fortuna, tenía un estrecho conocimiento del terreno, sabía que este lugar era propicio para una buena emboscada, en cualquiera de los dos casos. La boca de Palma Mocha ya había servido de escenario, en agosto de 1957, de uno de los más violentos combates sostenidos durante el primer año de guerra.

Según mis nuevas instrucciones, la escuadra de Teruel se mantendría más arriba en el río, específicamente “[...] unos cincuenta metros más allá del punto donde el camino que viene de las Cuevas se une al de Palma Mocha”. Interpretando rigurosamente esta orientación, Teruel debía posicionarse más allá de la salida al río del ramal derecho del camino; de los dos primeros, el situado aguas arriba. Finalmente, cinco hombres ocuparían posiciones sobre ese mismo camino, en el firme de la margen izquierda del río, con el fin de impedir la llegada de refuerzos desde Las Cuevas a la tropa que hubiera chocado con la escuadra rebelde en el río.

Una muestra del grado de detalle con que en esos días tomábamos nuestras previsiones, está en la instrucción siguiente contenida en el mensaje: “Esos hombres no deben situarse entre el camino y el mar, sino por la parte de arriba del camino”. Es decir, se previó, inclusive, la posibilidad de que si se situaban del otro lado, pudieran quedar encerrados en el momento del combate entre la retaguardia de la columna enemiga y el mar.

Paz, mientras tanto, como oficial más antiguo, y como demostración de la confianza que tenía depositada en él, asumiría la responsabilidad general de estas posiciones, y se mantendría con la mayor parte de su tropa en la casa de Emilio Cabrera para moverse según las circunstancias. La ametralladora calibre 50 manipulada por Albio Ochoa y Fidel Vargas, una de las dos trasladadas de Costa Rica en el avión que trajo a Miret, se sumaría a Teruel para atacar por la retaguardia cuando chocaran con Cuevas, en caso de que la tropa enemiga bajara hacia la desembocadura del río.

Con estas disposiciones quedaba preparada lo que yo consideraba una trampa perfecta:

*Situados así lo más conveniente para nosotros es que [los guardias] viniesen por tierra, donde podría ocurrir algo más grande que en el Oro o el Pozón, porque yo les aseguro que si entran allí no pueden salir. Si vienen por mar, también serían rechazados aunque no sería grande la encerrona.*

Las referencias en este documento aluden a la emboscada en el Oro de Guisa contra el refuerzo, durante el Combate de Pino del Agua, en febrero de 1958, y al Combate del Pozón en abril, acciones ambas muy favorables para nosotros.

Las instrucciones a Paz y Pedrito se completaron con advertencias estrictas acerca del ocultamiento de las posiciones y evitar que se filtrara su ubicación, por indiscreción de algún vecino, al enemigo; la preparación de trincheras y fortificaciones adecuadas para resistir, incluso, el bombardeo naval y aéreo; y la necesidad de ahorrar al máximo el parque.

Finalmente, la última prevención a Pedro Miret: “Pedro debe tener siempre por lo menos dos hombres armados frente a la pista, por si ellos intentan un descenso de tropas en helicópteros”.

Por aquellos meses se había hablado de una compra de helicópteros realizada por Batista, y recuerdo que durante algún tiempo nos preocupó un desembarco helitransportado. Sin embargo, al parecer, este nunca fue tenido como una opción por los planificadores militares de la tiranía.

El examen de las disposiciones tácticas, y mi evaluación de la situación operativa, lo realicé